

Capítulo 1

Siete de la mañana en punto. Se activa el radiodespertador. Siempre lo hace con un tema musical diferente; hoy suena "Summer love" , de Justin Timberlake, pero remixado... Mmm, me gusta ese tema. De a poco empiezo a abrir los ojos. Es muy temprano, por las hendijas de la persiana noto que recién empieza a amanecer. Alex duerme plácidamente a mi lado. De un salto salgo de la cama y voy directo a la ducha tarareando el tema de la radio, y como es una música rítmica, hace que me mueva con soltura y paso firme.

El agua cae de mi cabeza a los pies recordándome lo sensible que tengo la piel a esta hora... ¡Dios! ¡Qué bien me hace la ducha por la mañana! Cada centímetro de mí cuerpo se comienza a despertar hasta despabilarme casi por completo. Luego, me pongo la bata y bajo a la cocina. Abro la heladera, saco unas naranjas, pan, manteca, mermelada y leche. Siento a lo lejos que Alex entra a la ducha. Pongo a preparar café mientras coloco dos rebanadas de pan en el tostador. Saco de la alacena el exprimidor y me dispongo a exprimir las naranjas. Luego preparo la mesa con los dos vasos de jugo, las tostadas, la jarra de café y la leche que ya calenté en el microondas para que no esté tan fría. Cuando termino, Alex ya está sentado a la mesa, listo para desayunar.

En general desayunamos en silencio, a ninguno le gusta hablar por la mañana. Alex abre su laptop sobre la mesa para leer los diarios y yo lo hago con mi Tablet, con lo cual, ambos nos mantenemos concentrados en nuestra lectura, o a veces simplemente permanecemos con la mente en blanco, todo depende el día y el estado de ánimo con el que nos levantemos. Desayunamos sin emitir sonido, aunque sigue esa música en mi cabeza que pasaron temprano en la radio y la tarareo en silencio; es como un sonido funcional de fondo. Sin que se dé cuenta, lo miro y me hundo en mis pensamientos. Últimamente peleamos mucho. No hay un tema puntual, solo peleas tontas que hacen que estemos un poco distanciados y sin conexión. Alex en general es callado, de palabras concisas y de diálogos sin mucho desarrollo. Siempre me pregunto cómo fue que llegué a casarme con este hombre. Nos conocimos en la universidad. Ambos estudiábamos administración de empresas y en ese momento cursábamos juntos Economía y Finanzas Internacionales, materia del último año de la carrera y la última para recibarnos. Ya habíamos cursados juntos otras clases, pero nunca habíamos cruzado palabra. Para mí era uno más del montón. De hecho, durante mis años de estudio, solo me había dedicado a estudiar y a trabajar con el único objetivo de recibirme y crecer profesionalmente, y creía que no lo iba a lograr si alguien se cruzaba en mi camino para enamorarme. Pero ese año, en esa materia, habiendo rendido ya el final, todo cambió. Ambos esperábamos que nos dieran la nota. Estábamos uno al lado del otro por casualidad, y nos mirábamos con caras de nervios y de ansiedad; creo que fue en ese momento que algo en él me deslumbró. Tal vez una mirada, o su inteligencia notable al escucharlo hablar... no lo sé. Al poco tiempo de recibarnos nos casamos, y hace ya diez años que estamos juntos. Solo nos casamos por civil. A él no le va el tema de la Iglesia; de hecho, se considera ateo, y tampoco le gusta todo el circo que gira alrededor de la fiesta, así que hicimos una reunión íntima con nuestros familiares y amigos más cercanos. Como me sentía enamorada accedí a todas sus decisiones, incluso a la de no tener hijos. Es muy profesional en su trabajo y sumamente dedicado, y estos meses está teniendo mucha presión de parte de sus jefes para resolver temas que urgen en la compañía donde

trabaja. Ese estrés hace que esté lejos de mí, o al menos eso es lo que yo siento. No es muy demostrativo, lo sé, pero lo siento más distante de lo habitual.

Lo sigo mirando. Siempre está vestido de manera impecable. Su traje jamás va a tener siquiera una pelusa. Realmente es un hombre interesante a la vista. Su pelo castaño y lacio, con un corte siempre a la moda, sus ojos celestes de un cristalino intenso, su boca... mi marido... lo extraño. El movimiento brusco de él cerrando su laptop hace que vuelva a la realidad. Me mira, hace una pequeña sonrisa y yo le respondo de la misma forma. Se levanta, guarda su laptop en la valija, rodea la mesa, se agacha para darme un beso en la frente y se va. Yo levanto la mesa y lavo lo usado en el desayuno, luego subo a la habitación y comienzo a cambiarme, yo también debo ir a trabajar.

Nuestra casa se encuentra construida en dos plantas, pero es sumamente funcional. La puerta principal está enmarcada por dos ventanales gigantes. En uno de ellos, el izquierdo, se encuentra el comedor, el cual nunca usamos, y en el otro, el derecho, se encuentra el living. Siguiendo el pasillo desde la entrada, del lado derecho se encuentra la escalera que se dirige al primer piso, donde está nuestra habitación, con vestidor y baño. En la planta baja, pero del lado izquierdo, la cocina que termina en una ventana-balcón que da al lavadero y luego al jardín, por donde se puede acceder al garaje que está pegado a la pared del comedor.

Abro las puertas del vestidor y elijo un pantalón azul ajustado, una camisa de seda al cuerpo, también de color azul, al tono con el pantalón, con lunares rojos muy pequeños; un cinto fino rojo y unos zapatos de taco rojos también. Al terminar de vestirme me miro en el espejo para dar conformidad a lo que elegí. Asiento con un ademán y me dispongo a maquillarme. Uso colores claros y un buen delineado negro para resaltar más mis ojos negros; un poco de máscara para alargar mis ya largas pestañas, rubor en las mejillas y brillo labial. ¡Listo! Suelto mi larga melena oscura, que tenía atada para poder maquillarme, y la dejo caer por los hombros. Agarro mi cartera y salgo. Camino con paso firme y rápido hacia la cochera donde guardo el auto. En nuestro garaje solo cabe un auto, y es Alex quien lo usa. Igualmente solo tengo que caminar una cuadra, es cerca y no me molesta hacerlo. Me gusta sentir la brisa fresca de la mañana, ayuda a que termine de despertarme. Me subo al auto, a mi amado Honda Brio azul metalizado. Me lo compré ya hace varios años, luego de haber ahorrado por mucho tiempo, y lo cuido como si fuera un bebé. Lo mantengo siempre limpio y en condiciones. Cada vez que escucho un ruidito fuera de lo común le pido a Alex que se fije si lo tengo que llevar al service. Él no entiende mucho pero alguna idea se da, aunque en general me hace llevarlo al mecánico para que lo revise. Hago algunas cuadras y enseguida agarro la avenida principal que me lleva derecho a donde trabajo. Por suerte vivo a pocos minutos de la oficina. Estoy a cargo del departamento de Administración de una productora pequeña donde masterizan los discos nuevos de los artistas. Tengo dos personas a cargo de mi entera confianza, y eso hace que mis horarios sean muy flexibles para poder moverme con libertad. En mi estéreo suena mi pendrive con música variada. La voy tarareando mientras manejo, pero pego un salto en mi asiento cuando comienza a sonar mi celular. Miro en la pantalla del panel del auto, donde lo tengo enchufado en manos libres: es Alex.

—Hola.

—Hola Maia, ¿estás manejando?

—Sí Alex, pero tengo el manos libres, puedo hablar —le contesto rápidamente sin dejar de estar pendiente del tránsito.

—Ok... Recordé que hoy es el cumpleaños de Brian y la última vez que lo vi le prometí que le regalaría una tablet. —Hace una pausa y yo lo escucho atenta mientras continúo manejando. Sé que me va a pedir que vaya a comprarla; es su sobrino, y su preferido— Tengo un día muy complicado, con reuniones y presentaciones, y a la noche debemos pasar a saludarlo, nos esperan a cenar... —Vuelve a hacer una pausa y aprovecho para interrumpirlo.

— Alex, ¿Querés que vaya a comprarla por vos? Aún no llegué a la oficina y puedo pasar por el centro comercial.

—¿Lo harías? —Lo dice como si le hubiera sacado un peso de encima y agrega — Estaré en una reunión en cinco minutos, te paso el link y comprás exactamente esa, ¿sí?

Respiro profundo, casi en silencio para que no lo note, y le respondo. —Sí Alex, te aviso cuando ya la tenga en mis manos.

—Ya la encontré, te paso el link. Mostrale al vendedor cuál querés, si no la tiene no la compres, ¿ok? —Lo dice poniéndole énfasis en la última frase.

—Sí Alex, entendí. —Alargo la í para que no insista y pongo los ojos en blanco.

—Ok, ok. Gracias, hablamos luego.

Me desvío de la avenida rumbo al centro comercial mientras escucho que suena el Whatsapp; seguramente es el link que me mandó Alex. Ok, ¿adónde voy? No quiero dar vueltas por todos los comercios en los que vendan tablets para conseguir la que quiere específicamente. ¡Ah, ya sé! Contenta, se me dibuja una gran sonrisa en la cara. —Dios, ¡que nadie me vea!, pienso tímidamente.

Voy directo al lugar más reconocido de la ciudad, donde venden todo tipo de electrónica: audio, televisores recién salidos al mercado y cualquier aparatito de última generación que a uno se le ocurra. Ahí con seguridad consigo la tablet que quiere Alex para Brian. A medida que me acerco veo que hay un lugar para estacionar justo en la puerta del negocio. ¡Sí! ¡Estoy de suerte hoy! Cuando empiezo a meter el auto, primero la parte de atrás, lo hago despacio pero segura. Pongo primera e intento sacarlo un poco para acomodarlo y luego meterlo completo, pero cuando voy para adelante no veo que viene un auto muy pegado y... —¡No!, grito abriendo mucho los ojos. Me quedo paralizada dos segundos hasta que reacciono y salgo del auto.

—¿No viste que estaba estacionando? —le digo al conductor del auto al que choqué en un tono bastante alto. Me mira como gritándome “idiota”. Yo lo miro de la misma manera, desafiando la situación, aunque con un nudo en el estómago de lo indefensa que me siento, a pesar de mi bronca.

—Perdón, no te vi. —Lo dice sin bajarse del auto, con la ventanilla baja, y al instante sigue su rumbo como si nada.

—¡¡¡Ey!!! —le grito como para que pare, pero sin suerte— Grrrrrrrrrrrr. — Estoy roja de la bronca, no puedo creer lo que acaba de pasar. Me doy vuelta para ver qué tan grave es el golpe y veo que me rompió una óptica y que hay un bollón justo debajo. Grrrrrrrrrrrr. Más bronca. Pienso en lo caro que me va a salir el arreglo, en que el idiota se fugó, en que voy a tener que bancarme un discurso enorme de Alex porque no presto atención y, encima, no le pedí los papeles para hacer pasar el arreglo por el seguro. ¡Grrrrrrrrrrrrrrrrrr! Parezco una niña chiquita dando berrinches en la calle. Agarro el celular para llamar a Alex y contarle... Claro, no me atiende, ¡si me dijo que se iba a una reunión! Empiezo a sentir una vibración que me recorre la espalda. Qué extraño, ¿qué fue eso? Tengo una mano en la cabeza sosteniéndome el pelo y la otra con el celular en la oreja. —Ok Maia —me digo a mi misma— calmate, no pasa nada, es

solo un golpecito y una óptica rota, nadie se hace tanta mala sangre por semejante pavada. Me consuelo a mí misma. Me doy vuelta y noto que la entrada del gigante comercio electrónico está justo ahí. Mejor voy a comprar la tablet así me tranquilizo un poco. Guardo el celular en la cartera, cierro el auto y entro a Becker Shop. Realmente es enorme. Tiene tres pisos que sectorizan los productos en televisores, audio y electrónica. Por suerte lo que necesito se encuentra en planta baja. El lugar cuenta con salones amplios con varios pasillos divididos por góndolas llenas de diversos productos, muy prolijamente acomodados, cada uno con su cuadro de descripción y precio. Los pisos son de porcellanato blanco tiza y por lo mucho que brillan se nota que están impecables. En el costado derecho, al fondo, se encuentra la escalera que lleva al primer piso y contra esa pared, a lo largo y casi hasta la entrada, se encuentra el mostrador de atención y pago. En la punta de los pasillos, de manera dispersa, se encuentran algunos vendedores, atentos y al asecho para venderte lo que sea. Intento esquivarlos y empiezo a caminar entre los pasillos. Detesto que me vengán a preguntar qué necesito, aunque sé que en esta ocasión los necesito para decirles: “Necesito esto” y mostrarles el link que me mandó Alex. ¡¡El link!! No lo abrí todavía. Saco el celular de la cartera y me dispongo a abrir el mensaje. —Buen día señora, ¿puedo ayudarla? - ¿Señora...? Con disgusto interno levanto la vista y veo que tengo un vendedor parado frente a mí. Grrrr. Le esbozo mi mejor sonrisa y le digo: —Sí, gracias, necesito esto. —Y le muestro el mensaje de Alex ya abierto donde se ve el dibujo de la tablet y su descripción. Me quedo mirándolo. El chico, que deberá tener aproximadamente unos 20 años, mira atento unos segundos la imagen y luego vuelve a mirarme. —Sí, claro, es la tablet... —Lo interrumpo enseguida y le digo: —Perdón, ¿la tenés? Se queda con la palabra en la boca por mi interrupción y me contesta: —Sí, claro señora. —¡Señora otra vez!—. Enseguida se la traigo para que la vea —me dice muy amablemente. —Gracias. Gira sobre sí y va en su búsqueda. ¡Dios! Qué malhumor tengo hoy. Frunzo el ceño cuando lo pienso. En ese momento empieza a sonar el celular. Miro la pantalla y veo que es mi amiga Bárbara. ¡Ay!, qué contenta me pone. Atiendo enseguida.

—¡Hola, Barbi!

—¡Hola, Maia! ¿Podés hablar? ¡No sabés lo que me pasó! ¡Necesito contarte! —Lo dice con entusiasmo, desbordada de felicidad. Se la siente como dando saltitos chiquitos en el lugar. Eso hace que me olvide de mi malhumor y que sonría, casi que ría.

Sí, esa es mi amiga Barbi. Sumamente intensa en todo, arrebatada, jamás para de hablar y se enreda ella misma en sus propias palabras. Eso la hace tan divertida... la adoro. Nos conocimos en nuestra infancia. Hicimos la primaria y la secundaria juntas. Ella luego estudió diseño de indumentaria, su profesión actual. Trabaja en una famosa marca de moda. Aún sigue soltera; no suele tener relaciones largas, creo que nadie logra aguantar su ritmo y su euforia constante. Igual no tiene problemas en resolver el vacío que le dejan sus amores, es tan bonita y avasallante que enseguida tiene algún pretendiente detrás de ella. Su largo y lacio pelo rubio, sus ojos celestes perfectamente delineados, su gran sonrisa y su cuerpo de modelaje hacen que queden rendidos a sus pies, y claramente ella siempre se enamora de ellos, no sé cómo hace. Somos tan diferentes, creo que eso hace que nuestra amistad persista en el tiempo.

—Sí Barbi, puedo hablar, estoy en Becker Shop esperando que me atiendan. Vine a comprarle una tablet a Brian, el sobrino de Alex, y encima choqué, nada grave... Mejor te cuento después, no quiero hablar del tema. Contame, ¿qué pasó?

—¡Chocaste!? ¿Estás bien? —su tono es preocupado.

—Solo fue un toquecito, tranquila, estoy bien. —Trato de tranquilizarla para que no se preocupe—. Contame qué te pasó, así me distraigo un poco. —Realmente necesito que se me pase el malhumor que tengo. Sigo frunciendo el ceño inconscientemente.

—Ok. —Comienza entusiasmada su relato— ¿Te acordás que te conté que el fin de semana pasado conocí a un chico divino que le dicen Jason? Creo que me dijo que se llama Javier, o José, no recuerdo bien, pero le dicen Jason, ¿te acordás?

—Sí, claro, me acuerdo que me contaste. —Llevo los ojos hacia arriba y levanto la mano que me queda libre con la cartera en el hombro. ¿Cómo no hacerlo? Si el lunes me tuvo dos horas al teléfono contándome en detalle cómo y dónde lo conoció, y relatando palabra por palabra todo lo que se dijeron durante la noche, ¡y estamos a jueves de la misma semana!

—¡Ah, genial! —dice pegando un gritito.

¡Ja! Barbi se volvió a enamorar. En el salón está sonando Turn Down for What, un tema con mucho ritmo. Me encuentro de espaldas al gran mostrador de la tienda mientras continúo escuchando un nuevo relato del tal Jason, José, Javier, o como se llame, cuando empiezo a sentir una vibración que me recorre el cuerpo. Qué raro, es la misma que sentí en la calle cuando intentaba llamar a Alex para contarle lo que me había pasado con el auto y jamás me atendió. Pero ahora la sensación es de tener una mirada fija en mí. Empiezo a darme la vuelta de manera muy lenta buscando esos ojos. Me pregunto si lo que siento es cierto o si me pongo paranoica en lugares como estos. Veo, a medida que voy girando sobre mí misma, gente distribuida por las góndolas mirando productos que posiblemente comprarán; vendedores al asecho, son como depredadores del consumo. Sigo en la búsqueda. Llego con la mirada al mostrador. Veo empleadas con su impecable uniforme azul y blanco. Están distraídas mirando hacia su costado derecho. Sigo girando en esa dirección y veo a una mujer con un uniforme diferente; supongo que debe ser la supervisora. Le está hablando a alguien muy entusiasmada. Está de costado y tiene una de sus manos apoyada en el mostrador. Sigo... Le habla a un hombre. Mi mirada se para en el punto del estómago. Comienzo a subir la vista. Tiene un traje gris perla y una camisa blanca sin corbata. Los dos primeros botones de la camisa están desabrochados, lo que permite ver apenas el vello del pecho. “Sexy”, pienso. Sigo subiendo, ahora observo su cuello, su boca, su cara. Mmm, diría que es perfecta. Finalmente llego a sus ojos, de un color verde sumamente claro, que están fijos ahora en los míos. ¡Dios, qué hombre tremendamente sexy! Me tensó y quedo inmóvil, sin bajar la mirada. Mis pulsaciones comienzan a acelerarse inexplicablemente. Sigo con Barbi en el teléfono, que no para de hablar, pero no la escucho. La mujer que se encuentra a su lado nota que él está ausente de su relato. Sigue su mirada hasta que me encuentra y me mira. Ambos seguimos mirándonos. ¡Dios! Qué situación incómoda de la cual no puedo salir. Me encuentro totalmente hipnotizada por su mirada, ¿esto es normal? Ella levanta sus manos como frustrada y se va. Él me sonríe de una manera casi imperceptible y yo le respondo igual. De a poco empieza a bajar su mirada para analizarme por completo y, a medida que lo hace, siento que me va desnudando. Guau, se me estremece el cuerpo. Vuelve a subir la mirada y la clava en mis ojos dos segundos más, y lentamente empieza a salir de ese lado del mostrador, acercándose a mí. Más nerviosa me pongo y el corazón me late con mucha fuerza. ¿Viene a hablarme? ¿Qué me va a decir? Estamos como a diez metros de distancia. Su paso es lento pero decidido y se dirige hacia donde me encuentro. A medida que se acerca siento el corazón a mil pulsaciones por minuto, justo al ritmo de la música, y creo que me va estallar. Esto realmente no es normal...

—Señora, aquí tiene lo que me pidió, es la tablet... El vendedor me saca de un cachetazo de mi hipnosis. Lo miro de manera atónita mientras me explica los detalles que antes no dejé que me contara. Como ahora estoy sin habla, no puedo interrumpirlo. Lo escucho como una voz lenta y lejana, aunque en realidad no lo escucho, y a Barbi tampoco, que aún sigue en el teléfono relatando su historia del tal Jason. Vuelvo a mirarlo a él, que quedó parado a casi unos cinco metros de mí. Me sonrío y hace un ademán con la cabeza, frustrado por no haber llegado antes que el vendedor. Dios, ¡qué sexy es! Levanto una ceja y le sonrío levemente.

—Señora, señora... —La voz del chico se normaliza y empiezo a escucharlo.

—Sí, perdón, es esta, me la llevo. ¿Puede ser para regalo, por favor? —Claro, sígame al mostrador.

—¿Maia, me estás escuchando?

—¡Ay, Barbi! Perdón, es que... —Empiezo a tartamudear. Tengo la boca seca. Pienso dos segundos y vuelvo a mí—. Perdón amiga, es que justo me atendió el vendedor, te llamo luego, ¿sí? —y le cuelgo. Sigo al chico hacia el mostrador, que casualmente lo hace en línea recta hacia donde está él. Camino segura y decidida, sin mirarlo. Paso a su lado y levanto la mirada. Él está quieto, parado junto a una góndola. Nuestros ojos se encuentran. Mantiene esa leve sonrisa de hombre seguro, sexy e irresistible. Se me eriza la piel. Tiene una energía de imán, y su perfume... ¡Definitivamente este hombre es único en su especie! Llego al mostrador, saco mi tarjeta de crédito y se la doy a la empleada, impecablemente uniformada. Mientras pasa la tarjeta lo busco con la mirada. Sigue ahí parado sin dejar de observarme. —Señora, sírvase. — ¡Sí! Gracias —Agarro la bolsa y lo miro por última vez. ¡Ahí sigue! Me doy vuelta y me voy a paso ligero.

Por fin estoy fuera de la tienda. Respiro profundo el aire fresco y recuerdo el choque. Caigo en desconsuelo y miro la hora. ¡Dios! Son las once de la mañana y yo aún no llegué a la oficina. Me subo rápido al auto y me voy.

Una vez en la productora, caigo como un bolsón pesado en el asiento de mi escritorio. ¡Qué mañana! La tablet, el centro comercial, el choque, Alex que sigue sin atender el teléfono, Barbi y el larguísimo relato del tal Jason, que, por cierto, jamás escuché, y “él”. Gloria me saca de mis pensamientos de un golpe cuando entra a la oficina con una bandeja y su agenda.

—Buen día Maia, te traje un café.

—Gloria, ay, buen día. —Recibo con alegría ese café de mi fiel y dedicada asistente—. No sabés lo bien que me viene, tuve una mañana fatal, que prefiero ni acordarme. —¡Mentira! Es imposible olvidarme y dejar de pensar en “él”. Mientras se acomoda del otro lado del escritorio para repasar el día, me pregunta qué fue lo que me pasó para que mi mañana empiece tan fatal. Le cuento todo lo sucedido ocultando el episodio de “él”... Mmm, ¿cómo se llamará?...

—¡Maia! , me grito a mí misma, y continúo mi relato. Luego le pido que me ayude a conseguir quién me arregle la óptica del auto y el bollón, pero que no me cobre muy caro. Por suerte me consigue uno cerca de la oficina, así que alrededor del mediodía me acerco hasta el lugar y le dejo el auto, llevándome la promesa de que para última hora de la tarde lo tendrá listo.

Realmente ha sido un día largo, pero por suerte llego a casa con el auto arreglado. De todos modos, el arreglo me salió caro, pero al menos Alex nunca va a enterarse de lo sucedido.

Cuando entro noto que está en el cuarto. Le anuncio que llegué y apoyo la cartera en la mesa del comedor.

—Hola... ¿la compraste? —Se encuentra a pasos de distancia. Lo miro con cara de un gran cansancio y como preguntándole: —“¿No viste mis llamadas perdidas de todo el día?” —pero no se lo digo

—Hola Alex... Sí, la compré... Acá está. — Estiro el brazo alcanzando la bolsa con el paquete. La agarra enseguida y la mira. Pone cara de conformidad, con lo cual quiere decir que es la que me pidió. Menos mal, ya no tengo fuerzas para aguantar un sermón. Decido que no voy a contarle lo sucedido hoy.

—¿Vamos? —me pregunta relajado.

—Sí, vamos.

Nos subimos al auto en silencio. Alex maneja tranquilo y concentrado en la ruta, o vaya saber en qué; yo voy casi de costado mirando por la ventanilla con la mente en blanco. Por suerte el viaje es corto. Franco, el hermano de Alex, vive a quince minutos de distancia de nuestra casa.

—Maia... —Saca mi mente de la nada y lo miro—. Mañana debo viajar a Canadá... —¿Eh? —Me incorporo en el asiento, me doy vuelta hacia él y lo miro

—¿A Canadá? ¿Mañana? —Me quedo atónita con la noticia.

—Sí, resolvieron hoy que debo viajar yo, y tiene que ser este viernes sí o sí. Están vendiendo una parte de la compañía de Canadá y tengo que estar para supervisar la venta. Es solo una semana, para el otro fin de semana ya voy a estar acá de nuevo.

—Ok —le respondo si poder agregar nada más.

—¿Te enojaste?

—No, solo que me tomaste por sorpresa. Nunca antes viajaste, pero no hay problema con que lo hagas. —Le soy sincera. En realidad, lo que me sorprende es que me lo diga a horas de viajar.

—Maia, es solo una semana y estoy de vuelta. —Lo dice en un tono dulce, en el intento de darme tranquilidad, pero igualmente me molesta. ¿Por qué no me avisó antes? ¿Soy yo la que piensa mal, o realmente ya no tengo comunicación con mi marido? La cabeza me va estallar... Mejor dejo de pensar. Tal vez su viaje nos venga bien para estar separados esos días, pensar y extrañarnos, y que a su regreso tengamos un reencuentro de amor... Me doy consuelo pensando de esa forma. —No hay problema, Alex, solo me tomaste por sorpresa. En serio. — Intento ser convincente para que no se enoje. No quiero pelear.

Llegamos a la casa de Franco, que nos recibe en la puerta. Al entrar veo que se encuentra casi toda la familia de parte de los hermanos: mis suegros, Carlos y Ema, Laura, mi cuñada, esposa de Franco y dueña de la casa, Serena, la hermana de Alex, con su esposo Felipe y con hijos, y Brian, entre todos, abriendo su regalo. Por suerte se llena de alegría cuando ve que es la tablet que su tío le había prometido y corre a sus brazos para agradecerle. ¡Qué lindo es! Adoro a Brian, es tan dulce. Nosotros no tenemos hijos. Alex siempre me dijo que no era el momento, que debíamos esperar un poco más y estar afianzados en nuestro trabajo. En su momento creí que tenía razón y respeté su decisión. El tiempo pasó y, a pesar de que ya hace diez años que estamos casados, nunca más volví a tocar el tema, y él tampoco. Hoy ya tengo treinta y cinco años y siento que resigné la idea de ser mamá.

Por suerte la noche pasó rápido. Comimos riquísimo, Laura cocina como los dioses y siempre que hay algún evento en su casa lo hace como si fuéramos cientos de comensales, con lo cual la comida abunda en cantidad y en variedad. Nosotras, las mujeres, reunidas en la cocina, aprovechamos para ponernos al día con todos los chusmeríos de la familia, ya que hacía varias semanas que no nos veíamos a causa de la rutina y de los compromisos, claro. Nos reímos a

carcajadas de las diferentes anécdotas contadas por Serena que, como siempre, son súper graciosas; ella es muy graciosa. Antes de la medianoche le cantamos el Feliz cumpleaños a Brian, cortamos la torta y enseguida nos vamos; mañana todos nos levantamos muy temprano. El regreso a casa en el auto es en silencio, al igual que la ida; ni un comentario de la noche. Una vez en casa, Alex entra el auto al garaje, yo me adelanto y voy entrando a casa. Me dirijo directamente a la habitación. Comienzo a desvestirme para ponerme el pijama; mientras lo hago Alex, entra y repite mi misma acción, pero lo hace más rápido que yo, con lo que no tarda entrar en la cama. Unos minutos después estoy a su lado. Una vez acostados ambos, apagamos la luz de las mesitas. Tardo en conciliar el sueño y ya siento que Alex duerme, me doy cuenta por la profundidad en su respiración. En mi cabeza tengo miles de imágenes de todo lo transcurrido hoy. No puedo parar de pensar en que no le conté del choque, en que no me contó de su viaje... Me vence el sueño y me duermo.

Capítulo 2

Viernes, Siete de la mañana en punto, se activa el radiodespertador con un tema que no conozco; debe ser nuevo. Me desperezo con dificultad. Nos acostamos tarde anoche y me cuesta abrir los ojos. Alex, como siempre, duerme plácidamente a mi lado. Me levanto, camino hacia la ducha y comienzo la rutina de todos los días.

Alex ya está sentando a la mesa cuando apoyo los dos vasos de jugo exprimido. Me siento y mientras unto mi tostada proceso la información de ayer a la noche, la cual no termino de entender del todo, y decido interrumpir nuestro silencio rutinario matutino.

—Alex... —Levanta la mirada y me mira directo a los ojos sin decir palabra—. Hoy viajas... —Lo digo a modo afirmativo pero dejando la sugerencia de interrogante, como pidiendo más información.

—Sí, me voy a la noche. Calculo que alrededor de las cinco estaré saliendo hacia el aeropuerto, ¿por? —Baja la mirada a su laptop y me dice el “¿por?” como si fuera que va hasta el centro y volviera... ¿Es broma? Se va a Canadá por una semana y me entero una vez que está todo organizado. Creo que estoy empezando a enojarme, pero no porque viaje, sino porque, claramente, soy un cero a la izquierda en su vida. Es evidente que ya tenía todo planeado y no me había hecho ningún comentario al respecto.

— ¿Viajas solo? —No sé a qué se debe mi pregunta... ¿Sospecho algo?

—Sí. —Vuelve a mirarme. Sus ojos celestes me miran de manera inescrutable. Ahora su tono es seco y enojado— Maia, ¿me estás por hacer un planteo? Viajo por trabajo, viajo solo y no tengo ganas de que me pongas nervioso con tus pavadas y celos sin sentido. ¡En una semana vuelvo!

—Lo dice con un enojo que desconozco en Alex, lo que hace que me quede boquiabierta y sin movilidad. Decido no decir nada por temor a una discusión mayor. Cierra su laptop casi de un golpe y la guarda en su portafolio —Debo irme, hablamos luego. —Se va pasando a mi lado y sin saludarme. Quedo unos minutos inmóvil, sentada a la mesa, con una angustia que reprimo.

La mañana transcurre a gran velocidad en la oficina. Por suerte estoy cargada de trabajo y eso me mantiene con la mente ocupada. A la una del mediodía en punto entra Gloria.

—Maia, salgo a almorzar, ¿necesitas algo?

—Guau, ¿ya? Se me pasó volando la mañana. No, gracias, andá tranquila, nos vemos luego.

—Ok, hasta luego. —Sonríe y cierra la puerta con suavidad.

Mi mente empieza a volar hacia alguna dirección que no tengo muy clara todavía, pero antes de que la clarifique suena el celular. Lo busco con la mirada arriba del escritorio ¡Es Alex! Lo agarro rápido y atiendo.

—Hola. —Mi tono es suave y cauteloso; no sé de qué humor se encuentra en este momento.

—Hola, Maia. —Su voz también es suave, y mucho más tranquila que la de hoy a la mañana — Perdón, por lo de hoy. —Se me comprime el pecho y solo lo escucho —Estoy nervioso últimamente y con muchas presiones, lo sabés.

—Sí, lo sé, pero también sé que estamos distanciados. Al menos yo siento que nos está pasando eso. —Mi voz comienza a quebrarse porque sigo reprimiendo mi angustia.

—Sí, puede ser. Creo que es oportuno mi viaje para pensar — ¡¿Oportuno?! Abro mucho los ojos y al mismo tiempo frunzo el ceño. A mi angustia se le suma el enojo.

—Probablemente —le respondo con la voz aún quebrada, e intentando entender qué me quiere decir con “oportuno”. Quedamos unos segundos en silencio que me parecen eternos.

—Te llamo porque mi vuelo se adelantó, viajo en una hora. Me llamaron de la aerolínea para avisarme. Vine a casa a preparar la valija y ya salgo para el aeropuerto. Dejo el auto en el garaje, viene un taxi a buscarme.

Angustia, enojo, y ahora sorpresa y enojo potenciados. Abro todavía más los ojos de la bronca. Miro el celular como queriendo verle la cara a Alex de la sorpresa que me produce todo esto y me lo vuelvo a poner en la oreja, ya con un enojo que me transforma la cara en un monstruo que, por suerte, aún puedo controlar.

—Qué tengas buen viaje, Alex. Te pido que me avises cuando aterrices y me dejás tranquila de que llegaste bien, ¿sí? —Mi voz sigue quebrada.

—Gracias, cuidate. Te llamo cuando llegue. —Cuelga sin decir más.

Dejo el celular en el escritorio, me quedo quieta y de manera inconsciente pongo mis manos entre medio de mis piernas. Comienzo a balancearme desde atrás hacia adelante una y otra vez, una y otra vez. Miro a la nada, no pestañeo. Ya no aguanto esta angustia que me comprime el pecho y el corazón. ¿Por qué Alex me hace esto? ¿Por qué está tan frío conmigo? ¿Qué nos está pasando? ¿Quién es este nuevo Alex? Siento que mi matrimonio se está desarmando de a poco, que mi marido se está yendo de viaje por una semana a kilómetros y kilómetros de distancia, con lo cual no voy a tener oportunidad de recomponer nada. Mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas, tanto que se desbordan y comienzan a rodar una tras otra por mis mejillas mientras sigo balanceándome desde atrás hacia adelante y desde adelante hacia atrás hasta que no puedo más y estallo en llanto. Me tapo la cara con mis manos y saco por fin toda esa angustia que venía reprimiendo hace días y que se había incrementado con las horas y lloro, lloro desconsoladamente.

Diez minutos después de desahogo intento recomponerme. Caigo en la cuenta de que puede volver Gloria, o de que puede querer entrar alguna otra persona, y no quisiera que me vieran así. Busco rápido un pañuelo descartable en la cartera y me seco las lágrimas. De todos modos sé que no es suficiente. Decido ir al baño para refrescarme la cara con agua. Antes de abrir del todo la puerta de mi oficina, me asomo y chequeo que no haya nadie en el pasillo ni en la recepción, en donde general están Gloria y Vanina, mi otra asistente. Al ver que no hay moros en la costa, salgo y a paso apresurado me dirijo al baño. Al mirarme en el espejo veo que mi cara está destruida, ¡ay, no! No quiero que me vean así, ¡qué vergüenza! Lo mejor va a ser que salga a tomar aire para que mejore mi aspecto. Rápido, vuelvo a la oficina, agarro la cartera y salgo. Cerca de la productora hay un parque muy lindo. Camino con la mente en blanco hasta llegar allí, son unas tres cuadras desde la oficina. Es enorme y está lleno de árboles frondosos que se unen unos con otros haciendo un gacebo natural, con bancos entre medio de pequeños caminitos que te invitan a pasear por su interior. Amo este lugar y hace mucho que no venía. Es el lugar perfecto para este momento. Camino y camino con la mente en blanco, necesito calmarme para volver a la oficina. Por suerte es un día de brisa fresca y no hace tanto calor, y eso me ayuda a recuperarme pronto. Elijo un banco y me siento. Noto que estoy sola: no hay nadie al mí alrededor. Vuelvo a perder la mirada en la nada. El recuerdo y la angustia florecen y las lágrimas vuelven a desbordar por mis ojos no pudiéndolo evitar. Me seco con un pañuelo, pero es inútil, vuelven a aparecer nuevas. Intento otra vez calmarme y pasados unos minutos me voy tranquilizando. Las palpitations vuelven a su ritmo normal y mi cara se siente más

fresca. Miro la hora, faltan quince minutos para las dos de la tarde, lo mejor es que vaya volviendo para no cruzarme con nadie.

Al llegar a la oficina me doy cuenta que me había dejado el celular. Lo agarro mientras me siento y veo que tengo tres llamadas pérdidas de Barbi. ¡Auch! Recuerdo que ayer le corté la llamada en medio de su relato del tal Jason y nunca más la volví a llamar, debe estar enojada conmigo, mejor le respondo el llamado.

—Maia, ah, bueno, decidiste aparecer. —Lo dice en un tono seco pero chistoso. Al menos me indica que no está tan enojada.

— ¡Ay, Barbi, perdón! Perdón, ayer te corté y no te devolví el llamado y recién salí unos minutos y olvidé el teléfono en la oficina.

—Maia, amiga, ¿qué pasa? —Su tono cambia a preocupado, es evidente que mi amiga del alma notó que mi voz no es la normal.

Suspiro con esa angustia que a pesar de que intenté largarla, sigue ahí, en mi pecho, intacta y lo peor es que tiene conexión directa con mis ojos y vuelven a llenarse de lágrimas. ¡Por favor, no quiero volver a llorar! Intento contenerlas.

—Alex... volvimos a pelear... ¿Nos vemos a la tarde? No quiero hablar ahora, si hablo lloro, estoy en la oficina y no quiero que me vean con la cara destruida, ¿sí? — Se lo digo suplicándole

— ¿Otra vez? Están peleando mucho últimamente... ¿Qué pasó ahora, qué te hizo? ¿Fue por el choque de ayer?

—Por favor, Barbi, hablemos a la tarde, ¿sí? —le vuelvo a suplicar.

—Ok, ok... a las siete estoy en tu casa.

—No, prefiero ir yo a la tuya. —No quiero ir directo a mi casa, no sé por qué, pero no quiero.

—Ok, te espero. Te quiero, nena.

—Yo también amiga, no vemos luego.

Creo que me va a hacer bien charlar un poco con Barbi. Su frescura me calma y, la verdad, necesito largar toda esta angustia que me presiona el pecho.

Pasados dos minutos después de las seis de la tarde entra Gloria a despedirse y yo ya tengo la cartera al hombro. Salimos juntas conversando de trabajo, como es lo habitual. Tomamos el ascensor y una vez en la puerta del edificio nos saludamos y nos deseamos buen fin de semana, cosa que yo no creo que tenga.

Media hora más tarde ya me encuentro en el edificio donde vive Barbi. Es tan lujoso... Se encuentra en pleno barrio de adinerados, cerca del centro de la ciudad. Tiene una entrada imponente con una escalinata de unos cinco o seis escalones que lleva a la puerta principal de vidrio blindado con detalles de bronce, cuales siempre están perfectamente lustrados. A cada costado hay unos macetones gigantes con unas palmeras, también muy grandes, que decoran la entrada. En el lado derecho se encuentra la botonera de timbres con forma de atril, también de bronce lustrado al igual que los detalles de la puerta.

Cuando llego a la entrada, el encargado del edificio me reconoce y me hace entrar sin necesidad de tocar el timbre para anunciarme. Una vez en el hall, camino hacia el escritorio de entrada donde se encuentra Robert, el encargado, y lo saludo con un ademán al estilo princesa. Robert es una persona mayor, de ya casi 75 años, pero tiene tanta vitalidad y es tan adorado por todos los dueños de los departamentos que aún sigue trabajando en el edificio.

—Buenas tardes, Robert.

—Maia... qué gusto verte, ¿cómo has estado? —Esboza su más sincera sonrisa al verme.

—Muy bien ¿y usted? ¿Cómo anda esa salud?

—En perfectas condiciones, como siempre. —Se ríe de una manera que me hace recordar mucho a mi abuelo, tan dulce y espontáneo, le sonrío de la misma forma.

—Bárbara te está esperando con ansias, cuando llegó me dijo: —Está por venir Maia, hacela pasar sin demoras. —Imita su voz a la perfección y me hace reír. Me río porque estoy segura de que fue literalmente como me lo está contando.

—Gracias, Robert... No la voy a hacer esperar entonces. —Lo saludo y me acerco al ascensor. Por suerte siempre está en planta baja y no tengo que esperarlo. Subo y aprieto el 8. Una vez en el piso voy al departamento “B” , que se encuentra del lado derecho del ascensor. Solo hay dos departamentos por piso y Barbi vive en el “B” . Nunca supe quién vive en el “A”, supongo que ella debe saber. Al tocar el timbre sale enseguida.

—¡Amiga! —Siempre tan eufórica ella. Me abraza tan fuerte que no me deja respirar.

—¡Hola, Barbi!

—Vení, entrá. —Por fin me suelta. Son unos segundos, pero intensos, de un abrazo sumamente fuerte.

Su departamento es, es... es muy “Bárbara” . Es amplio, lujoso, perfecto hasta en el más mínimo detalle. Cada adorno tiene como un lugar asignado. Apenas entrás hacia la derecha, y casi llegando al otro extremo de la habitación, se encuentra el living, con varios sillones que forman una “U” mirando hacia donde se encuentran los ventanales. Al lado de la entrada, hacia la izquierda, está la cocina y una barra que la separa; del otro lado se encuentra la mesa, justo en frente de los ventanales, y hacia la derecha, a lo largo, las dos habitaciones, divididas por un pequeño pasillo. Por último, bien al fondo de ese mismo pasillo se encuentra el baño. Digamos que el departamento tiene forma de “T”

Me siento en la barra mientras ella, del lado de la cocina, se dispone a servir agua en la jarra de la cafetera para hacer café. Hablamos de algunas pavadas y sorprendentemente no me menciona en ningún momento al tal Jason; por las dudas no se lo recuerdo, no me encuentro muy de ánimo para estar atenta, mi mente vuela sin dirección. Le cuento la odisea del choque de ayer y la fastidiosa compra de la tablet, sin mencionarlo a “él” por supuesto. Una vez listo el café, apoya la jarra y las tacitas en la barra junto con un plato con macitas secas para completar nuestra merienda.

—Y bien... ¿cómo estás?

—Bien... —Hago una pausa y la miro. Ella me mira y me hace un gesto como diciendo “Vamos, largalo todo” —. Bueno, creo que bien... al menos lo intento.

—Maia, ¿qué pasa con Alex, qué les está pasando?

—Ay, Barbi — ya se me empieza a quebrar la voz otra vez. ¡Por Dios! Qué sensible que estoy—. No sé qué le pasa a Alex, está distante, no me habla...

—Nunca habla Alex, Maia —me interrumpe levantando una ceja.

—Lo sé... bueno, ahora lo hace menos. Solo hay silencio entre nosotros. Siento que vivo con nadie, no hablamos durante el día... Ok, nada que no pueda pasar si ambos estamos muy

ocupados, ¿no? Pero una vez en casa, él aparece para cuando ya tengo la cena servida en la mesa, comemos en silencio, no nos contamos nada de lo ocurrido durante el día... La cena transcurre “callados”, luego se levanta de la mesa y me dice “estoy cansado” y se va a dormir, y así son todos los días. Incluso los fines de semana. Ya no tenemos relaciones siquiera, hace meses que no nos encontramos en ningún sentido. —Bajo la mirada por la bochornosa situación.

— ¿Y no le preguntaste qué le pasa?

—Sí, me dice que está muy estresado.

— ¿No tendrá otra?

— ¡No! Es verdad que está muy estresado, tiene muchas presiones en la oficina. —La miro convencida de lo que le digo.

—Maia, si no hablan, ¿cómo sabés que está con presiones en la oficina? Dale, no seas ingenua, ¿vos estás segura de que no te está engañando? ¿No le revisaste el celular?

— ¡No! Alex no me engañaría, él es muy conservador, lo sabés, Barbi. Estoy segura de que no es eso, es el trabajo que lo está consumiendo y separando de mí.

— ¡Ay, sí! —Suenan irónica— Alex es el tipo más aburrido que conocí, ¿qué otra más que vos quisiera estar con él? —Es sarcástica en su tono.

La miro y hago una pequeña mueca.

—Alex es bonito, es un hombre muy interesante... Y no era aburrido cuando lo conocí. — Pongo cara de timidez.

—Pero lo es hoy. Aún no puedo creer que hayas tenido buena cama con él. —Pone cara de asco y se ríe a carcajadas. Le devuelvo la sonrisa. Nunca le cayó bien Alex, y creo que es mutuo— En serio, creo que te hace falta conocer otros hombres. Uno que te mueva el piso, que te desequilibre la vida, como Jason está haciendo conmigo. Y lo más importante... ¡uno que te coja bien!

— ¡Bárbara! —La reto—. Yo estoy casada y le soy fiel a Alex, es mi marido y lo amo. —Se queda mirándome sin expresión—. Sí, es cierto que estamos pasando por una crisis, pero estoy segura de que cuando vuelva de su viaje vamos a reencontrarnos.

— ¿Viaje? ¿Qué viaje?

—Eh... Viajó a Canadá. —Claro..., me había olvidado del “pequeño” detalle .

— ¿Qué? ¿Canadá? —Deja la taza de café y me mira, otra vez sin expresión, esperando que le responda.

—Sí... Canadá. —Sigue mirándome fijamente—. Viajó hoy, es por eso que no quise volver a casa. Viajó por trabajo, en una semana vuelve. —Hago una pausa. Barbi sigue sin hablarme y sin dejar de mirarme fijo—. Me avisó anoche que viajaba hoy, me dijo que se lo informaron ese mismo día... y que era “oportuno” el viaje... para nosotros. —Mi voz comienza a quebrarse otra vez.

—Maia, no quiero verte triste. No voy a darte mi opinión sobre Alex porque ya lo conocés y no quiero hacerte llorar más de lo que ya lo hacés, pero sí te pido que analices tu situación y tu vida; esto no puede seguir así. O lo arreglan o deberías pensar en separarte. —Abro mucho los ojos—. Sí, y no lo digo por el viaje, sino por el conjunto de todo... ¿Meses sin relaciones? Eso no es sano en ninguna pareja... y te estás poniendo fea. — ¿¡Eh!?! Me seco las lágrimas y la miro—. ¡Sí, fea! Y no me mires así, como “pobrecita yo”, bajaste muchísimo de peso, estás ojerosa, se te borró la sonrisa y te falta tintura en esa cabeza...

—Barbi, no empieces... —Miro el reloj y veo que ya son las diez de la noche—. Uy, es tardísimo, me voy a casa.

— ¿No te querés quedar a dormir?

—Prefiero irme a casa.

—Mmm, ok..., te dejo ir. —Me da un abrazo tierno—. Te quiero, amiga.

—Yo a vos, Bárbara León.

—Please, pensalo... Tal vez Alex tenga razón y sea oportuno el viaje.

Le digo que sí con un pequeño movimiento de cabeza y me voy.

Manejo pensando en todo lo que me dijo Barbi. Realmente confío en que Alex no me engañaría, no puedo hacerme a la idea de que esté con otra mujer. También es cierto que ya no podemos seguir así, ¿pero de ahí a separarnos? No, no podría vivir sin Alex. Siempre hemos estado juntos, no imagino mi vida sin él. Sé que de alguna forma vamos a recuperar lo que teníamos; tal vez Alex tenga razón y su viaje sea oportuno... Suspiro... No lo sé...

Paso por la cochera y veo el auto de Alex donde me dijo que lo dejaría. Entro a casa, la siento fría. Subo la escalera y voy derecho a la habitación. Me saco la ropa, me pongo el pijama y entro a la cama. Toco su costado... y al instante agarro el celular. Miro el Whatsapp para ver a qué hora se conectó por última vez y me sorprende al ver que lo hizo hace diez minutos... ni siquiera me avisó que llegó... Con esa misma angustia de todo el día presionándome el pecho cierro los ojos y me duermo.

Capítulo 3

Nueve de la mañana. Escucho el timbre que no para de sonar... Me levanto a pesar de que aún estoy muy dormida. Sin entender bien la situación, bajo las escaleras y voy a hacia la puerta de entrada.

Al mirar por el perillo veo que es Barbi. Abro la puerta.

— ¡Maia, al fin! Hace quince minutos que estoy tocando el timbre y llamándote al celular, ya me estabas preocupando. — Su sonrisa es amplia. La miro y la veo deslumbrante, ¿cómo hace? Son las nueve de la mañana... Frunzo el ceño.

—Entrá Barbi... ¿café?

— ¡No, gracias! Desayunaremos afuera, así que andá a cambiarte, tenemos muchísimas cosas que hacer hoy. — ¿Eh? La miro con más confusión—. Sí, hoy tengo programado día de amigas.

—No, Barbi, no me hagas esto, no tengo ánimo.

—Por eso mismo, no voy a permitir que te quedes acá deprimida y llorando por un idiota.

— ¡Barbi! —la reto.

— ¡Ok! Sorry... por Alex. —Revolea los ojos cuando me lo dice—. ¡Este fin de semana sos toda mía, amiga! ¡Y te pienso disfrutar! —Me pone cara de nena buena y me sonrío. Me convence fácilmente.

—Ok, me cambio y vamos... ¿A dónde vamos?

— ¡Ah! ¡Sorpresa, my friend! — ¡Dios! No sé qué me depara el destino, pero seguramente me voy a divertir.

Vamos a lugar bellissimo cerca del centro donde desayunamos y hablamos de mil pavadas, como nos encanta hacer. No puedo evitarlo y cada tanto chequeo el Whatsapp para ver si Alex me habla; lo veo en línea pero entre nosotros, a pesar de la distancia, aún continúa el silencio.

El siguiente destino es la peluquería. Me hago la tintura para tapar las pocas canas que tengo, me cortan las puntas para mantener el largo y me lo peinan dejándolo divino, suave y brillante.

Barbi aprovecha para hacerse lo mismo. También nos hacemos manos y pies y, de yapa, la permanente de pestañas para que resalten más los ojos.

Al terminar nos vamos al centro comercial y entramos a casi todos los comercios de moda.

Barbi se prueba todos los vestidos que le gustan y como es lo habitual compra la mitad de ellos.

Yo aprovecho y también hago algunas compras; hace mucho que no me compro ropa, y teniendo a Barbi como excelente asesora de modas, me aconseja qué me queda bien y qué no.

— ¡Maia! ¡Mirá este vestido precioso!

—Barb... ya compraste un millón de vestidos similares.

—No es para mí, es para vos.

— ¿Para mí? —El vestido realmente es precioso, sencillo pero precioso, justamente por su sencillez.

—Vamos, probáelo —me ordena.

— ¡No! No es mi estilo

—Maia, probáelo —me vuelve a ordenar y me mira fijo a modo juego

— ¡Ok! —Me río, agarro el vestido y entro al probador.

El vestido es bien pegado al cuerpo, color negro. Tiene un lindo escote recto y unos breteles finos que se atan al cuello, dejando caer por la espalda una cadenita plateada con un dije pequeño en forma de corazón con brillantes; quedando así los hombros al descubierto. Me

marca bien la cintura y es bastante corto y cómodo, para mi sorpresa... ¡Me queda divino! Me miro al espejo y sonrío. Salgo para que Barbi me vea.

—Y, ¿qué tal? —doy una vuelta y me hago la sexy; me gusta este juego.

— ¡Guau! ¡Te queda espléndido! —Ambas reímos al unísono.

Me saco el vestido, me cambio y salgo del probador. Le estiro el brazo a Barbi con el vestido para que lo cuelgue.

— ¡No! Te lo llevás —me ordena, y empuja el vestido hacia mí.

— ¡No! No tengo ocasiones en que me lo pueda poner.

— ¡Te lo llevás igual! Tal vez algún día sí la tengas.

Insiste tanto que finalmente lo termino comprando.

Una vez en el auto le pido que me lleve a casa, quiero descansar. Por suerte no me lo discute.

Al dar la vuelta para dirigirnos rumbo a mi casa pasamos por la puerta de Becker Shop. Al ver la entrada se me eriza la piel y mi corazón comienza a latir fuerte al recordar su mirada, su boca...

— ¡Jason! —grita Barbi, y me saca de mis pensamientos. La miro. Jason la está llamando al celular; salta en la butaca como una niñita cuando lo atiende. Rio porque no puedo creer su actitud.

Me deja en la puerta de mi casa y aún sigue hablando con él. Me saluda con la mano y sigue su rumbo. Cuando entro vuelvo a sentirla fría, como anoche. Hago el mismo recorrido: voy a la habitación y me acuesto. Miro el Whatsapp. Alex está en línea... Cierro los ojos y me duermo.

Nueve pm... Me despierto a los timbrazos. ¿Esto es un déjà vu o está ocurriendo lo mismo de hoy a la mañana? Me siento un poco desorientada. Al entreabrir los ojos noto que todo está oscuro. Siento a lo lejos el timbre que sigue sonando. Logro abrir bien los ojos y me doy cuenta de que no, no estoy soñando, está sonando el timbre. Me levanto y como puedo bajo las escaleras y voy hacia la puerta. Al mirar por perillo veo que es Barbi; definitivamente esto es idéntico que hoy a la mañana. Le abro.

— ¡Maia! Te necesito amiga, hoy ¡sí o sí! — ¿Siempre tiene que ser tan eufórica? Frunzo el ceño.

— ¿Y ahora qué pasó? —Aún intento despabilarme.

— ¡Me llamó Jason! —Su sonrisa no le entra en la cara.

—Lo sé, yo estaba con vos cuando te llamó.

— ¡Sí! Quiere verme hoy a la noche. —Me mira expectante sin dejar de sonreír. Yo la miro sin entender lo que me quiere decir— En Kimey... —Sigue sonriendo.

Continúo mirándola, sin lograr entender, hasta que caigo.

— ¡No! Olvídalo. —Doy media vuelta y me dirijo a la cocina para hacer café. Me duele la cabeza.

— ¡Maia, please! Necesito que me acompañes, no quiero ir sola.

Kimey es una disco de gran renombre donde suelen ir los famosos y la gente adinerada; definitivamente, yo no soy de ese ambiente.

—No, Bárbara León, lo siento. —Soy contundente.

—Please, no quiero ir sola. Jason me dijo que iría y que quería verme; el tema es que si voy sola, soy presa fácil para irme con él y tener una noche lujuriosa, llena de pasión y sexo desenfadado, que, entre paréntesis, ¡me encantaría!

Levanto una ceja mientras observo cómo me relata el discurso.

—...pero no quiero que sea así esta vez. Quisiera hacerme rogar al menos un poco, y si voy con vos me vuelvo con vos y serías mi mejor excusa. Te juro Maia, please, acompáñame. —

Me ruega. Yo sigo con mi ceja levantada—. Please, please, please. —Me mira con cara de gatito de Shrek.

—Barbi, ¡no! No insistas porque no voy a meterme en un boliche simplemente porque vos querés encontrarte con un chico y me querés usar de excusa para no acostarte con él. —No puedo creer ni yo lo que estoy diciendo—. Ese no es mi ambiente, ya no estoy en edad de meterme en un lugar así y, además, no quiero.

Sigue con las manos juntas en forma de rezo, con su cara de gatito de Shrek y sin emitir sonido. Leo en sus labios “please” . La miro en silencio, firme en la respuesta que le di.

—Maia, por favor... Realmente me gusta este chico, me importa de verdad y creo que yo a él. Me conozco: si voy sola... vos sabés... y no quiero... y además, es una perfecta excusa, ahora que estás soltera, para que salgamos juntas.

—No estoy soltera —la interrumpo.

—Ok, ok, soltera momentáneamente... tal vez.

Le pongo cara de real disgusto.

—Ok. —Levanta la mano como pidiendo disculpas—. Es una hermosa ocasión para que salgamos a divertirnos. No voy a dejarte sola para irme con él, lo prometo. Please, salgamos a divertirnos, como en nuestros viejos tiempos...

Insiste tanto que la presa fácil termino siendo yo, porque finalmente me convence.

—Ok... —No terminé de decirlo que ya está saltando en el lugar y aplaudiendo—. Pero vas y volvés conmigo, ¿ok?

—Te lo juro. —Queda parada y me hace la cruz con los dedos prometiéndolo. Frunzo el ceño porque dudo de su promesa y, la verdad, no estoy muy convencida de lo que voy a hacer.

—Vamos, traje un montón de vestidos para que nos probemos. — ¿Eh? Creo que estoy asustada. Me agarra de la mano y me lleva a la escalera.

Una vez en la habitación saca de un bolso, literalmente, un montón de vestidos, tal como dijo, y los desparrama en la cama uno por uno con delicadeza, como si manejara joyas preciosas. Una vez colocados en exposición empezamos a jugar, a probarnos y a desfilarnos como cuando éramos adolescentes; nos divertimos como en esos tiempos. Luego de jugar un largo rato ella se decide finalmente por uno.

—Creo que este le va a gustar, ¿no? —me dice con el vestido puesto.

—Por supuesto que le va a gustar, te queda divino —le respondo.

— ¿Crees que sí? —insiste mientras se mira en el espejo y da vueltas para verse desde todos los puntos posibles.

—Sí Barbi, ¡estás hermosa! Le vas a encantar, al igual que le encantás a todos los hombres. — Me mira y se ríe por lo que le dije, pero no me dice nada porque sabe que es cierto.

— ¿Y, ya decidiste cuál te vas poner vos? —me pregunta.

—No, son todos muy ajustados y no me siento cómoda con ninguno, tal vez mejor me pongo un pantalón de los míos, que también son ajustados, pero con ellos me siento más yo.

— ¡Esa es la idea! ¡Que no seas vos! Hoy tenés que estar distinta y cambiar un poco, ¡no salís todos los días con tu amiga preferida!

—Con la única que tengo... —acoto y hago una media sonrisa

—La única que tenés gracias a tu marido. De todas formas, me alegro de que solo haya quedado yo.

La miro y le hago una mueca, pero no le respondo porque en realidad sé que tiene razón.

Alex era tan absorbente al principio de nuestra relación que fue haciendo que me alejara de mi grupo de amigas. La única que quedó siempre a mi lado, y que nunca permitió que me alejara, fue Bárbara León. Y yo también me alegro de que así haya sido.

—Ponete el que compraste hoy, es una buena ocasión para que lo estrenes. —Me lo dice como distraída y sonriendo por lo bajo. La miro sorprendida pero riéndome.

— ¡Ya sabías que íbamos a ir a Kimey esta noche! Voy a matarte por engañarme —vocifero y le tiro un almohadón. Ella se ríe a carcajadas; ambas reímos a carcajadas.

Le hago caso y estreno el vestido que hoy mismo compré por la tarde, y sí, al ponérmelo lo siento tan suave y tan cómodo que creo que es el indicado para esta noche. Es bastante corto, pero en su justa medida. Elijo unos zapatos, también negros, de tacos altos pero muy cómodos, que hace mucho no usaba; me pongo unos aros de argolla grandes, de un plateado muy brillante, que hacen juego con la cadenita que cuelga en mis espaldas, y me dispongo a maquillarme. Barbi hace lo mismo.

Una vez cambiadas, peinadas y maquilladas, listas para irnos, doy una última mirada al espejo y me quedo mirándome. Guau, realmente soy otra. Parezco más joven y bonita. El vestido está pegado al cuerpo marcando bien las curvas de mis caderas... me siento sexy pero rara. Sonrío al espejo aprobando complacida lo que veo, pero no muy convencida de salir así.